

Colon estaba revestido de una grandeza que le dió el cielo por insignia de su imperecedera mision. Llevaba en su nombre la marca de su principado universal, y diremos de él como la Escritura de Josué: «Fué grande segun el nombre que llevaba.» La poesía y la leyenda coronan su frente, esperando que la circunde solemnemente la aureola de la Santidad que parece serle propia. Debe completar la grandeza de aquél que, segun la expresion de San Agustín hablando de San Ireneo, llamaremos un hombre antiguo de Dios (1).

Si, el Descubridor del Nuevo Mundo fué un grande hombre; pero como fué enviado al despertar de las letras, y cuando asomaba el vuelo de la naciente imprenta, extendiase por el globo la luz de la publicidad, quedó envuelto entre misteriosas nebulosidades del mito, y al mismo tiempo que rodeado del prestigio de los siglos. Su triple grandeza era demasiado elevada, demasiado vasta y demasiado gloriosa para que su verdadero carácter fuera desde luégo comprendido. No podía reconocerse la sublimidad de su papel sino por la de su obra, ni la de su obra sino por la infinidad de sus resultados. Pues bien, trescientos años apénas habian bastado para ello.

Hace ya veinte años que un escritor cuya superioridad de talento vá siempre acompañada de gran agudeza de penetracion, servido fielmente por muy fina originalidad de estilo, M. Barbey d' Aurevilly, fijó en la historia de Colon una mirada de profundidad profética. Desde su aparicion, midió sus consecuencias y vaticinó su destino. El eminente publicista no se limitó á decir que era «un monumento levantado á la gloria de la Iglesia.» Declaró que era «una obra capital de esfuerzos, y HASTA DE RESULTADOS (2).» Efectivamente, siendo por fin conocido Cristobal Colon, debía tarde ó temprano despertarse el sentimiento cristiano, debía la piedad católica pedir la recompensa que conoce ser debida á ese incomparable héroe.

Por conclusion de ese capítulo diremos:

Parécenos lógico que el ángel de las tinieblas se esfuerce contra Colon por medio de mil calumnias; pero que un genoves, un sacerdote, haya consentido en servirla de instrumento, subleva nuestro ánimo y oprime dolorosamente el corazon de toda persona de sentimientos religiosos.

(1) «Antiquum hominem Dei»—S. AUGUST. *Contra Julianum*, cap. 1, 2.

(2) «Le Pays, journal de l' Empire.—12 noviembre 1856.

CAPÍTULO XI.

INFLUENCIA DEL PONTIFICADO DE PIO IX EN LA FAMA DE CRISTÓBAL COLON.—SU NEGACION POR EL CANÓNIGO CALUMNIADOR DEL HÉROE.—SU AFIRMACION POR LOS AMERICANOS Y POR LOS OBISPOS DE TODAS LAS NACIONES.—EFECTOS DE ESA INFLUENCIA EN ITALIA Y PARTICULARMENTE EN GÉNOVA.—OBJETO DE LA OPOSICION HECHA Á LA CAUSA DEL DESCUBRIDOR DEL NUEVO MUNDO.—DEBER QUE TIENEN LOS ITALIANOS DE UNIRSE Á LAS SIMPATÍAS RELIGIOSAS DE FRANCIA.—DERECHO Y DEBER DE FRANCIA RESPECTO DE ESA CAUSA EXCEPCIONAL.

§ I.

Los que no admiten las grandes virtudes de Cristóbal Colon, y prescinden de él para el descubrimiento, niegan que el Papa Pio IX haya ido al Nuevo Mundo. Niegan radicalmente la influencia de ese ilustre Pontífice en la fama de Colon.

El señor canónigo Angel Sanguineti, ridiculiza amargamente á *l' Unità Cattolica* por haber hablado de las misteriosas relaciones que se dirian unir la resurreccion de la fama de Colon con el pontificado del primer Papa que visitó el Continente; premio de su fé. Nos hace saber que no debe confundirse el Papa Pio IX, con el abate Mastai. Sólomente el abate Mastai puso los piés en el Nuevo Mundo. El Papa no lo vió jamas.—«El abate Mastai, dice, permaneció dos años en Chile, tierra que el último estudiante sabe que jamas la pisó ni conoció el descubridor de la América. Luego, pues, ni los tiempos ni los lugares relacionan las ideas de Colon y Pio IX; y las misteriosas relaciones se evaporan propiamente en el misterio (1).»—Negando tambien la influencia del Pontificado en los destinos religiosos de la América, no quiere que se la llame tierra del porvenir y añade: «El Papa Pio IX, como ya lo hemos dicho, no fué jamas á América; y cuando fué allá el

(1) «Dunque, storicamente parlando né i tempi, né i luoghi ravvicinano le idee di Cristoforo Colombo di Pio IX, e le attinenze svaporano proprio nel mistero.»—SANGUINETI. *La Canonizzazione di Cristoforo Colombo*, página 16.

abate Mastai, no era ya la tierra del porvenir, sino del pasado y del presente (1).»

Hé aquí, pues, la completa negación de toda relación entre la América y el Papa Pío IX; entre el Papa Pío IX y Cristóbal Colon. El canónigo pregunta si se le podrían explicar esas «misteriosas relaciones,» y declara que él no vé aquí «más que una frase vacía de sentido.»

Esas misteriosas relaciones no están vacías ni de sentido, ni de realidad para quien posee el sentimiento de las cosas divinas. No toca á la arqueología explicar los secretos del alma y descubrir las miras providenciales. Si las misteriosas relaciones pudieran convertirse en figuras de geometría, dejarían de ser misteriosas, y serían del dominio de las leyes del mundo físico. Dependiendo, empero, del orden moral, no se calculan con medidas kilométricas como el cable submarino que une la Europa con el nuevo continente. Y sin embargo, la unión entre el pontificado de Pío IX, la fama de Colon, y las iglesias de América, aunque en otra esfera, es más directa, sólida y fuerte que el hilo eléctrico que atraviesa el Océano. Esas misteriosas relaciones, sensibles aunque indescriptibles, que no se sujetan al compás ni al análisis, lo mismo que los fluidos imponderables, que sin embargo no niegan los académicos, esas relaciones que de buena gana llamaríamos providenciales, asombran al observador inteligente. Con todo, para comprenderlas, no se necesita repudiar por de pronto el sentimiento, crearlo una debilidad ó insignificancia, y desprenderse de este modo de lo mejor que hay en el hombre; porque lo mismo en religión que en química, no se forman las afinidades de negación.

La estadística de las almas, las obras de arte y literatura, monumentos de la inteligencia, atestiguan esas misteriosas relaciones, que en vano negará el señor Sanguineti.

Á principios de este siglo no se leía el nombre de Cristóbal Colon en ninguna lápida del Nuevo Continente. De uno á otro polo habríase inútilmente buscado, en aquella inmensa tierra, una inscripción en honra de aquél que la descubrió. Merced á Spotorno y á sus discípulos, «las curiosas osadías de la crítica erudita,» adelantándose á d'Avezac, le habían hecho completamente desconocido. Por otra parte, el público no pensaba enteramente en él; muchos genoveses ignoraban que hubiese nacido dentro de sus muros, y la mayoría de los Ligurios le creían hijo aún de Cogoletto.

Pero hé aquí un hecho constante, indudable y visible para todos.

En 1846, un genoves, Lorenzo Costa, publica su célebre poema: *Cristóbal*

(1) «Già il Papa Pio IX come abbiamo detto, non fu mai in América, e quando vi fu l' Ab. Mastai, quella non era piú terra dell' avvenire, ma del passato e del presente.»—SANGUINETI. *La Canonizzazione di Cristoforo Colombo*, ibidem.

Colon:—Don Luis Grillo, capellan de la marina sarda, imprime la historia de los Ligurios ilustres;—el abate Gavoti escribe el elogio de Colon;—Vicente Conti continua la discusión relativa al lugar del nacimiento de ese Héroe;—Constantino Beta publica su *vida de Cristóbal Colon*;—Un verdadero erudito, el señor comendador Canale, redacta una historia de Cristóbal Colon.

Después, sucesivamente, una de las ilustraciones de la Orden seráfica, el muy sabio franciscano Monseñor Fannia da Rignano, actual obispo de Potenza y Marsica, hace imprimir en Roma sabias observaciones acerca de Cristóbal Colon.—Un genoves de las familias más nobles, el virtuoso marques Antonio Brignole-Sales, encarga á su compatriota el escultor Raggi un grupo que represente á Cristóbal Colon.—El gobierno del Perú encarga al genoves Salvatore Revelli, una estatua colosal de Cristóbal Colon;—un Ligurio distinguido, Monseñor Stefano Rossi, imprime, en Roma, una monografía sobre la traslación de Cristóbal Colon.—Nuestro malogrado y siempre llorado amigo el conde Tullio Dandolo, publica *los siglos de Dante y de Colon*.—Monseñor Luis Colon, de los condes de Cuccaro, escribe su libro: *Patria y biografía del Gran Almirante*. En Roma, el Decano del Sacro Colegio y veinte y cuatro cardenales, dan testimonio de su interés á favor de la rehabilitación de Cristóbal Colon.

El sabio arzobispo de Génova, Monseñor Andres Charvaz, hace el elogio del célebre navegante, delante del Rey, de la Corte, del Cuerpo diplomático y de inmensa afluencia de extranjeros, con motivo de la inauguración del ferro-carril que enlaza Génova con Turin.—El P. Ventura de Ráulica habla de Cristóbal Colon en su célebre obra, *la Mujer Católica*.—Nuestra Historia de Cristóbal Colon, publicada en Paris, es al punto traducida en Milan;—el jóven poeta Contini publica una poesía en honra de Colon;—en Génova, el abate Ángel Sanguineti lanza contra nosotros su primer folleto.—La *Civiltà Cattolica* defiende al historiador de Cristóbal Colon.—El Reverendísimo Padre Isnardi, antiguo general de las Escuelas pías, que posee en Savona una pieza de tierra que perteneció al padre de Cristóbal Colon, nos anuncia que levantará allí un cipo de mármol, con inscripción conmemorativa;—en Turin, el profesor Juan Bautista Torre compone su *Historia popular de Cristóbal Colon*.—Ascoli publica un libro del padre franciscano Agustin d'Osimo acerca de la cooperación del Padre Juan Pérez de Marchena en la empresa de Colon;—en Plasencia, sale á luz sin nombre de autor una obra nueva relativa á la *verdadera patria de Cristóbal Colon*;—el eminente historiógrafo de la Orden franciscana, el Reverendísimo Padre Marcelino de Civezza, en su *Historia universal de las misiones franciscanas* pone de relieve con magníficos rasgos las virtudes de Cristóbal Colon.

Hasta en Génova se comienza á dudar de la infalibilidad de Spotorno.—El Director del *Giornale degli Studiosi* es uno de los primeros en reconocer el error

de su maestro y sostiene la legitimidad de las relaciones de Colon con Beatriz Enriquez.—El comendador Bruzzo confiesa despues que su maestro Juan Bautista Spotorno, tan recomendable por otra parte, se engañó completamente en este punto.—Don Antonio Dondero publica una sabia disertacion á favor del matrimonio de Colon;—en Florencia, se publica la traduccion de una nueva historia del Héroe,—el profesor de Ferrari habla á su manera de Cristóbal Colon.—El abate Poggi imprime en Turin un excelente poema en honra de Colon.

Génova cuenta hoy numerosos y sinceros admiradores del Héroe de los mares. Figuran entre ellos un poeta de fama, escritor distinguido, miembro de una de las más eminentes Academias de Italia, el amable y sabio Antonio Pitto; el abate Francisco Poggi, autor ya citado de un hermoso poema dedicado á Colon; el señor doctor Arduino, el señor profesor Domingo Devoto; el señor da Passano, inspector de enseñanza; don Pablo Giglini, el caballero Pietro Giuria, el caballero Gazzino, el abogado Enrique Lorenzo Peirano, hombre lleno de talento, de saber y de distincion, muy recomendable bajo todos conceptos.

Resumamos y concluyamos.

En Génova se ha formado una incalificable oposicion contra Cristóbal Colon; pero hoy, casi avergonzado de su incivismo, ante la representacion del sentimiento público, intenta desandar lo andado, á fin de ocultar todo lo odioso que ofrece su audacia.

Ahora que el mal está hecho, que está producido el efecto de la calumnia, Sanguineti y sus amigos, los enemigos de la grandeza de Colon, intentan desviar de su persona la indignacion que excita en todos los corazones esta oposicion no ménos cristiana que anti-patriótica. Pero, ¿ á quiénes confían engañar? no se trata en manera alguna de la discusion de un texto ó un hecho controvertido, ni de una disertacion histórica cualquiera; sino de una oposicion declarada, atrevida, calumniosa, formada contra la gloria más grande de la patria y del catolicismo.

¿Cuál es su objeto? ¿ qué pretende? Hacer fracasar la Postulacion, en odio al Postulador. Esto resulta claramente del folleto, de los dos opúsculos, de las cartas y de los manejos del señor canónigo Ángel Sanguineti. Su amor propio no vá más allá de esta pueril satisfaccion.

Aunque se le niega á Francia el derecho de mezclarse en esta cuestion, correspóndele á ella mostrar que es suya.

Conserve, pues, la dignidad de su privilegio.

Entre todas las naciones ha sido la primera que supo reconocer la grandeza de nuestro Héroe. La peticion para su glorificacion no ha partido ni de Italia, donde él nació, ni de España á la que sirvió, sino que su iniciativa corresponde únicamente á Francia. La abstencion de los dos países más directamente interesados en

solemnizar las glorias de Colon, parece aquí un reconocimiento implicito de la precedencia de Francia.

La mayor parte de los fieles esparramados en las diversas regiones de ambos hemisferios, fundan principalmente su esperanza en el celo de la Francia. Créese muy generalmente, que debiéndose á esta la rehabilitacion histórica del gran Colon, toca también á ella solicitar su glorificacion religiosa.

Parece efectivamente muy fundado en justicia que sea la primera que tenga la honra de presentar la expresion del deseo de los pueblos cristianos, y confirme una vez más de este modo lo dicho por el gran José de Maistre: «La verdad necesita de Francia.»